



OBISPO DE CARTAGENA

ORDENACIÓN SACERDOTAL DE VLADIMIR REVUTSKYY MATSEVKO

Parroquia Santiago el Mayor de Murcia. 25 de septiembre de 2022.

Excmo. Rvdmo. Mons. Gil Hellín;
queridos vicarios;
rector del Seminario Mayor San Fulgencio y formadores; rector Seminario Redemptoris Mater y formadores;
queridos sacerdotes, religiosos, religiosas, seminaristas;
párroco de Santiago el Mayor y comunidad parroquial que nos acogéis;
un saludo para todos los familiares del ordenando;
queridos hermanos y hermanas.

Querido diácono Vladimir,

Hemos venido a esta parroquia de Santiago el Mayor de Murcia, parroquia muy emblemática, porque nos trae a la memoria la actividad e importancia del primer apóstol de Cristo, que según la tradición trajo la fe a nuestra tierra y murió mártir. El martirio, para los Apóstoles fue la consecuencia de seguir a Jesús, Nuestro Señor, que dio la vida por nosotros. Pedro, Pablo, Santiago... los Apóstoles y tantos y tantos mártires han sido coherentes con la misión de ser testigos del amor y la misericordia de Dios y han terminado siguiendo los pasos de Jesús, en un camino de amor y de servicio, en una fidelidad total a la voluntad de Dios y ofreciendo la vida por Él. Ellos nos han enseñado que no hay más que un camino para el Evangelio, solo un camino para el cristiano y para el sacerdote. Si, solo hay un camino, que es el que recorrió Jesús: hacer la voluntad de Dios, servir, humillarse y dejarlo todo, la fama, la honra, el dinero, todo lo que tienes, es para el servicio del Señor. Y así, sí; así harás como hizo Jesús, que no vino a ser servido, sino a servir, a ser esclavo nuestro, a dar la vida en rescate por nosotros.

Vladimir, el Señor te permitió venir a esta tierra con tu familia, dejar Ucrania y hacerte uno de nosotros. Ya conocías al Señor y vivías la fe en el rito greco-católico, por eso pedimos a la Santa Sede que nos diera permiso para que te ordenaras en el rito que eligieras y te lo concedieron, de tal manera que hoy damos gracias por el tiempo que has pasado en el seminario y por tu decisión de servir a todos los hermanos. Las personas que han estado junto a ti, tus formadores, me han dicho que eres digno de recibir este ministerio, que a su juicio puedes acceder a este don de Dios. Yo confío en su criterio y en el discernimiento del rector del seminario, por eso te acojo para que formes parte de la familia del presbiterio diocesano. Tú sabes muy bien que hoy no termina nada, sino que hoy comenzarás a tener más responsabilidad y Dios te va a pedir más cuentas, por eso debes tomar más conciencia

del «sí» que le vas a decir al Señor, de la ayuda que le tienes que pedir para mantener siempre tu palabra. Confía, en esta aventura de seguir a Jesús en fidelidad no vas a estar solo, ni siquiera estarás solo en la tormenta que presenta nuestro mundo ajetreado por el relativismo, el laicismo, la secularización... Hemos estado cerca de ti en este tiempo en el que estáis sintiendo el dolor de la guerra en vuestro país de Ucrania y seguimos pidiendo al Señor de la paz que cese ya tanta agresión y tanta bomba. Amigo, piensa ahora en este acontecimiento, piensa que Dios está contigo y basta. Mira qué palabras más bonitas dice san Juan Crisóstomo para darnos fuerza en medio de las adversidades:

«Muchas grandes ondas y amenazadoras tempestades nos asechan, pero no tenemos miedo de ser sumergidos, porque estamos fundados sobre roca. (...) No temo la pobreza, no codicio riquezas, no temo la muerte ni deseo vivir, sino por vuestro bien. (...) ¿Me apoyo sobre mis fuerzas? No, porque tengo su garantía, tengo su Palabra: Ella es mi bastón, mi seguridad, mi puerto seguro y tranquilo. Aún si todo el mundo está trastornado, tengo en mis manos la Escritura, leo su Palabra: Ella es mi seguridad y mi defensa» (de las Homilías de san Juan Crisóstomo, PG 52, 427-430).

Hoy comienzas, querido Vladimir, una etapa en tu vida muy bella, cargada de sentido, Dios te ha hecho un gran regalo, muchacho. Pero ya sabes que, por ser tan importante, hay que cuidarlo especialmente. Te sugiero que prestes atención a las tres indicaciones que el Papa, Benedicto XVI, nos proponía hace tiempo: rezar, curar y anunciar. Estos van a ser los tres imperativos esenciales de tu vida y de tu ministerio, para que seas fiel a tu ordenación y evites convertirte en un burócrata de lo sagrado. Dios te ayudará a ser testigo de su amor:

1.- Cuida la vida de oración, que educa en el amor y abre el corazón a la caridad pastoral. Este es tu primer deber, tu primera tarea, tu primer servicio. Sin una relación personal con el Señor nada de lo demás puede funcionar, porque difícilmente podrá el sacerdote llevar a Dios a los demás si el sacerdote no practica y cultiva su propia relación con Él.

En este sentido, la oración sacerdotal requiere de tres espacios vitales, diarios y fervientes. El primero es la **Eucaristía de cada día** como encuentro fundamental donde el Señor habla con el sacerdote y el sacerdote con el Señor, se entrega en sus manos y se hace pan partido para la humanidad. **La Liturgia de las Horas y la oración personal** son los otros dos ámbitos ordinarios de santificación del sacerdote y de fecundidad apostólica. Sin ellos, el sacerdote se agosta. Con ellos el sacerdote se convierte en lo que debe ser: un hombre de Dios, amigo de Jesucristo y fiel servidor de los hombres.

2.- La existencia y el ministerio sacerdotal están llamados también a **la sanación**, a curar a los enfermos, a los dispersos, a los necesitados. A través de este ministerio se visibiliza el amor de Jesucristo y de su Iglesia en favor de la humanidad doliente; a través de él se prolonga el ministerio del Señor que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo.

Esta misión sanadora del ministerio sacerdotal requiere que el sacerdote conozca a sus fieles, como el Buen Pastor conoce a sus ovejas. Que sepa de sus necesidades y dolencias. Que sea el nuevo y permanente buen samaritano. Que unja sus heridas con el aceite y con el vino nuevo de la salvación. Este quehacer sanador del ministerio sacerdotal se traduce en escucha y en diálogo, en compañía y en acompañamiento, en servicio y atención sociocaritativa,

como nos recuerda el Papa Francisco. Se traduce, muy singularmente, en el ejercicio de su *munus sanctificandi*, a través de los sacramentos, particularmente mediante el sacramento de la Reconciliación, cuya administración es un acto curativo extraordinario que el hombre precisa para estar sano en profundidad.

3.- En tercer lugar, Vladimir, estás llamado a **anunciar el Reino de Dios**, anunciar el Evangelio, que no es una utopía lejana, sino que se hace ya totalmente próximo en Jesucristo. Por eso, anunciar el Reino de Dios significa hablar de Dios hoy, hacer presente la Palabra de Dios, el Evangelio que es presencia transformadora de Dios, y hacer presente a Dios a través del sacramento de su presencia, que es la Eucaristía. Este anuncio será tanto más creíble, será tanto más fecundo, cuanto más y mejor sea vivido en primera persona por el sacerdote, cuanto más esté transido de la oración, de la humildad y de la comunión eclesial.

Procura, hermano, estar atento a ti mismo porque tu misión es sagrada, has renunciado a formar una familia, a tus intereses, al horizonte seductor del futuro que tú hubieras programado y te has incorporado a la cruz de Cristo. Ya no te perteneces, perteneces a Dios y a la Iglesia... por esta razón procura mantener bello el rostro de la Iglesia de Cristo y abre siempre tu corazón, como la Virgen María, la Santísima Virgen de la Fuensanta, para querer a Dios y a los hermanos. Te propongo otro texto de san Juan Crisóstomo, para terminar, por la importancia que tiene el envío que te ha hecho el Señor para servir al pueblo de Dios:

«En cualquier parte que el Señor me quiera, le doy gracias. Donde yo esté, allí estaréis también vosotros. Donde estéis vosotros, allí estaré también yo. Nosotros somos un cuerpo solo, y no se separa la cabeza del cuerpo, ni el cuerpo de la cabeza. Aunque estemos distantes estamos unidos en la caridad, más aún, ni la muerte podrá separarnos».

Que el Señor te bendiga y te conceda la paz, y ahora, a trabajar en esta milenaria Iglesia de Cartagena, que tantos frutos de gracia ha dado y está dando. Vas a pasar a formar parte de un gran presbiterio, de grandes sacerdotes que gastan sus vidas en el silencio de la fidelidad a Dios y de un laicado con hondas raíces en la espiritualidad cristiana, que está dispuesto a evangelizar en corresponsabilidad con mucha alegría.

¡Vladimir, carga con tu cruz y sigue al Señor!

Amén.

+ José Manuel Lorca Planes
Obispo de Cartagena